

CELCIT. Dramática Latinoamericana 156

LA SEÑORA GOLDA

Patricia Suárez

1920. Un pueblo de Polonia.

Personajes

La casamentera, Golde. 50 años.

El novio, Schlomo. Un hombre rico, elegante, algo calvo. De alrededor de 35/40 años.

Edit/Ada, muy bella, luminosa, de alrededor de 25 años. Es idiota. Está perdida todo el tiempo; articula con gran dificultad unas pocas palabras. Luego, como Ada, es una muchacha normal, casi áspera.

Emma, 17 años. Agraciada sin ser bella. Muy joven. Charlatana.

La acción ocurre siempre en la sala de la casa de la casamentera. Una ventana con visillos, permite ver la calle y la nieve. Hay tres o cuatro biombos de seda, de imitación japonesa, que permiten a los distintos personajes apartarse detrás de ellos y hablar en intimidad. En apariencia, detrás de uno de los biombos está la cama con un niño enfermo, Moishe. Frío en el exterior, quizá diez grados bajo cero o más.

1.

Schlomo sentado en un silloncito. Aire de circunstancia, un poco incómodo.
Golde, muy arreglada, sirve té del samovar. Habla siempre en voz muy baja.

Golde: Bonita. Por sobre todo bonita.

Schlomo asiente.

Golde: Rubia.

Schlomo asiente.

Golde: De cabello largo, muy largo, que le cubra las espaldas. ¿Así es como la quiere?

Schlomo: Sí.

Golde: Y joven, casadera.

Schlomo: Sí.

Golde: El señor Trauman me escribió diciendo que arreglaría conmigo los últimos detalles...

Schlomo: ¿Qué detalles?

Golde: Hable más bajo, por favor. Mi pequeño Moishe está allí (señala detrás de un biombo); está enfermo. Naderías, pequeños gastos... no pretenderá conquistar una muchacha haciéndole regalos de suspiro y viento.

Schlomo: ¿Qué tiene su hijo?

Golde (muy apenada): Los pulmones. No le funcionan bien.

Schlomo: Oh.

Golde: Los médicos me piden una fortuna... y yo... no tengo un solo copec... si no fuera por la ayuda que me brinda el señor Trauman, verdaderamente...

Schlomo: ¿Qué le dijeron los médicos?

Golde: Que se va a recuperar. Pero su padre, mi marido, falleció de lo mismo. Un día le faltó el aire.

Schlomo: Ooh. Tengo acá unos rublos, por si usted necesita, me gustaría ayudarla.

Schlomo le da dinero.

Golde: Gracias. No le diría que necesito unos rublos si yo tuviera algunos en mi monedero de los que disponer para este asunto de la muchacha. La novia, como usted dice.

Schlomo: Creí que estaba todo previsto.

Golde: Oh, oh. Es usted un chiquilín. El amor nunca se puede prever... Son sólo unos pocos rublos más. El padre está reacio. Desconfía.

Schlomo: Tengo un poder. En Argentina nos casará un rabino.

Golde: ¿Mas té?

Schlomo: No, gracias.

Golde se sirve té.

Golde: ¿No habrá enviado para mí el señor Trauman... cómo es que lo llaman allá? ¿Oro verde?

Schlomo: Sí. Oro verde, en Brasil; en Argentina no. Lo dejé en casa de mi prima Ester. Le envió chocolate también. Mañana puedo traérselo.

Golde: ¿Y cómo está él?

Schlomo: ¿El señor Trauman? Sus negocios marchan bien. Para verlo, uno debe pedir cita con tres días de anticipación y a veces ni siquiera entonces lo atiende a uno; tan ocupado está.

Golde: Dios lo conserve rico. ¿Y su salud? Una parienta mía, escribió que sufría él de una enfermedad secreta. ¿No...?

Schlomo: Lo curó un específico.

Golde: Oh. ¿Cómo se llamaba el específico?

Schlomo: Lambert, cura en tres días.

Golde: Oh, qué bien. Yo siempre lo digo: Dios ayuda a los listos. Tengo tortitas frescas: seguro que le apetece alguna.

Schlomo: No, señora Golde. Gracias, no tengo apetito.

Golde: ¿Cree que puede conquistar a una muchacha estando flaco como un alfeñique? Es sólo un momento.

Golde sale. Entra al poco rato, con una bandeja cargada de tortitas, masticando una. Va detrás del biombo, ordena dulcemente:

Golde: Una sola, Moishe. Están hechas como te gustan.

El resto de la escena se la pasará comiendo masitas y hablando con la boca llena.

Golde: ¿Y cómo está su prima Ester? (señalando la bandeja): Les puse canela; pruébelas.

Schlomo: Muy bien.

Golde (al biombo): ¿Te gustan, Moishe? (a Schlomo, muy bajo): No contesta; está comiendo. Le dejé tres galletas; es un suplicio alimentarlo. ¿Ella es prima de su madre o es tía de su madre? No recuerdo muy bien el parentesco.

Schlomo: Es prima segunda de mi padre. Prima política, como se dice. La que vivía en Austria.

Golde: Ella es muy amable en recibirlo.

Schlomo asiente.

Golde (saboreando una masa): No se está consiguiendo buena canela. La traen de contrabando de Hungría... ¿Y cree que es discreta ésta su prima Ester?

Schlomo: Sí.

Golde: Cuídese de ella.

Schlomo: No creo que...

Golde: Es zorra vieja. ¿Quién cree que escribió un anónimo al rabino Itzak, denunciando que el niño del zapatero no era niño del zapatero en verdad, sino de una andanza de la zapatera...?

Schlomo: ¿Mi prima?

Golde asiente.

Golde: ¡No escuche ni una palabra de su prima Ester!

Larga pausa. Schlomo comienza a comer galletas.

Golde: Son sabrosas, ¿verdad?

Schlomo asiente.

Schlomo: ¿Cómo es ella?

Golde: ¿Friede?

Schlomo: ¿Se llama Friede?

Golde: Desde que nació.

Schlomo: No es un nombre muy bonito.

Golde se encoge de hombros.

Schlomo: ¿Y cómo está Friede?

Golde: Tuvo secuelas de aquella fenomenal paliza que le dio el zapatero. Perdió dos dedos...

Schlomo (con horror): ¿Friede?

Golde: ¿Y qué hubiera hecho usted, señor Schlomo, si su esposa le trae un niño que no es suyo?

Schlomo: Preguntaba por la muchacha que usted ha conversado...

Schlomo, exasperado, se sirve té y toma. Golde sonrío, coqueta.

Golde: Creo que le faltaba algunas hojitas más. ¿No cree?

Schlomo no contesta.

Golde: Este año fue muy duro, no creció un solo tallo de trigo... ¿Usted tiene hijos?

Schlomo: No, señora. Yo vengo a casarme.

Golde: Lo sé, no se sulfure. Y hable despacio, por favor; Moishe tuvo fiebre esta mañana. Pero también podría usted tener niños, ¡el señor Trauman me envía cada hombrequito que usted ni se imagina!

Schlomo (cansado): Señora, yo...

Golde: Se llama Edit.

Schlomo: Edit.

Golde: Edit Volf.

Schlomo (muy despacio): Me gusta. ¿Le dijo que viniera?

Golde: Es muy temerosa de su padre.

Schlomo: Oh.

Golde: Verá, es una muchacha muy tímida. Pero puede usted verla a ella. Lleva a pastar las dos vaquitas de la familia. Sí. A la cuesta. En la mañana temprano.

Schlomo: ¿Podré hablarle?

Golde: Es una muchacha muy golosa. Llévele alguna golosina.

Schlomo: Claro. (Comienza a levantarse). Voy a retirar...

Golde: ¿Sabe? Necesito cinco rublos. Para esos gastos de naderías que le he dicho... Para una cinta de seda para su cabello, a ella le gustará tenerla...

Schlomo (hurgando en su billetera, impávido): ¿Cinco rublos?

Golde (tendiendo la mano): Siete será mejor.

Schlomo: ¿Siete rublos cuesta una cinta para el cabello?

Golde: Ay, padrecito: ya le he dicho que la vida en nuestro pueblo es imposible.

Schlomo le da los billetes. Ella lo acompaña y le cierra la puerta. Luego, se sienta a la mesa, y cuenta el dinero. Una, dos, tres veces, incansablemente, mojándose las puntas de los dedos, al tiempo que dice:

Golde: uno, dos, a tuerto o a derecho que la casa esté hasta el techo; tres... cuatro rublos, Ay, ya te perdiste Golde, criatura, siempre la misma insensata...

Apagón.

Mismos.

Es la madrugada; Golde sale con una bata y el pelo cubierto por una gorra de dormir. Schlomo entra furioso. El tono de toda la escena es de tensión y furia.

Golde: ¡Señor Schlomo! ¿Qué pasa? ¡Está nevando!

Schlomo: No me gusta.

Golde: ¿Cómo? Pase, pase, hable despacio que el niño duerme.

Schlomo: La vi.

Golde: ¿A quién?

Schlomo: A Edit Volf. Fui a la cuesta, como usted me dijo, y la vi. Y no me gusta.

Golde: Hizo la princesa.

Schlomo: No.

Golde: Ah, ¿no?

Schlomo: No.

Golde: ¿Y por qué no le gusta?

Schlomo: Es tonta.

Golde: ¿No es un poco apresurado decir...?

Schlomo: Se babeaba. (Pausa) Le caía la baba por la quijada.

Golde: Oh. Igualmente, tal vez...

Schlomo: Se chupaba el dedo. El pulgar. Todo el tiempo.

Golde: ¿Le habló?

Schlomo: Sí.

Golde: ¿Qué le dijo ella?

Schlomo: Nada. Sólo pronuncia su nombre. Edit.

Golde: Edit es un nombre maravilloso. Ya lo había notado usted.

Schlomo: Ella es una idiota. Usted no me informó. ¿Cómo voy a casarme con una mujer idiota?

Golde: Es muy dulce.

Schlomo: ¡Es una idiota! Una idiota no servirá.

Golde: No grite, por favor, se lo ruego. Mi hijo está muy enfermo. ¿Y a usted qué más le da que sea idiota o que sea una sabia?

Schlomo: Nadie quiere tener que ver con una idiota.

Golde: Eso está muy mal.

Schlomo: Una idiota inspira lástima.

Golde: No lo crea: en Krailovitz, de donde era mi padre, había una muchacha que nada más sabía contar hasta cinco y...

Schlomo: Al señor Trauman no va a gustarle que lleve una idiota.

Larga pausa.

Schlomo: Paga una fortuna por ella y resulta que...

Golde (abatida): Tiene nueve hermanas. Elija una de las hermanas.

Schlomo: ¡Las hermanas! ¿Y son normales, acaso, las hermanas?

Schlomo se pasea inquieto.

Schlomo: No lo sé.

Golde: Ella vendrá aquí a encontrarse con usted.

Schlomo: ¿La idiota?

Golde: No vendrá sola. A encontrarse con un hombre no puede venir sola.

Schlomo: Me doy cuenta. Ya es un milagro que saque a pastar a los animales y no se le pierdan...

Golde: Iba a traerla Anna, una hermana suya, ya casada. Una flor es Anna, también. ¡Y tiene una figura que los partos no han arruinado! Tal vez usted quisiera conocerla.

Schlomo: ¿¿A quién??

Golde: A Anna.

Schlomo: ¿La casada? ¿Para qué?

Golde: No lo sé. Para un gusto.

Schlomo: ¿De qué habla? Yo no quiero darme un gusto, señora. Yo vengo a casarme.

Golde: Es igual a Edit. En hermosura. Idéntica; lo que se dice dos gotas de agua. ¿No va usted a negarme que Edit es muy hermosa? La flor de la aldea.

Schlomo: Es idiota.

Golde: Ya, ya. Ya me lo dijo. ¿No quiere conocer a Anna, entonces?

Schlomo: No.

Golde: Espéreme un momento; voy a ver que el niño esté dormido.

Golde sale, va detrás del biombo.

Golde: Como un ángel. No mejora; me tiene tan preocupada. Pañe Mendel necesita la dote que usted pagará por su hija. Tiene diez bocas que alimentar.

Schlomo: Señora, yo no soy una sociedad de socorros mutuos.

Golde: Ya, ya. (Pausa) Quizá pueda interesarle Alma. ¡Ah, si no ha visto a Alma aun no sabe usted lo que es una muchacha hermosa! Es unos años más joven que Edit. Pero son como Lea y Raquel.

Schlomo (interesado): ¿Cuál de las dos es Raquel?

Golde: Alma, mi querido.

Schlomo: Lea era bizca y de cuerpo enorme.

Golde: No repitamos cosas que...

Schlomo: Raquel era morena.

Golde: Igual que Alma, que tiene una larga cabellera negra...

Schlomo (interrumpiendo): En Argentina gustan las rubias.

Golde (sin escucharlo): ...Es de talla pequeña, pero cuando crezca...

Schlomo: ¿Cuántos años tiene?

Golde: Catorce.

Schlomo: ¡¡Catorce!!

Golde: Hable más bajo, por favor.

Schlomo: Catorce años, es muy poca edad para una mujer. Yo no...

Golde: Pero no los aparenta. Al verla, uno enseguida cree que es una muchacha mayor. Además usted puede esperar un par de años, a que ella cumpla...

Schlomo: ¿Un par de años? ¿Adónde? ¿Acá?

Golde: Entonces cásese ahora con Alma.

Schlomo: ¿Qué se cree? ¿Qué soy un monstruo?

Golde (bajo): Oh, oh, oh. ¡Parece que no le gustará ninguna!

Larga pausa.

Schlomo se asoma por una ventana.

Schlomo (nervioso): Nieva, nieva y nieva. ¿Tiene algo para tomar?

Golde: Voy a traer vodka.

Golde sale. Vuelve trayendo una botella y dos vasitos. Intenta ser alegre.
Schlomo bebe, dos vasitos al hilo. Paulatinamente ambos irán emborrachándose.

Schlomo (rabioso): ¿Casó a alguien usted alguna vez?

Golde: ¿Yo? Si empiezo a contarle ahora no acabaríamos ni para la madrugada de mañana.

Schlomo: Sabe que tengo que llevarme una mujer a la Argentina.

Golde: ¿Vivió usted en Ucrania, señor Schlomo?

Schlomo: Sí, ¿por qué?

Golde: Dígalo en ucranio entonces. No recuerdo cómo se dice llevar en ucranio... ir es... a ver... No, no recuerdo.

Golde: Lástima. Seguro que rimaba.

Schlomo: Mi fui del pueblo a los trece años.

Golde: ¿Pero en qué lengua se hablaba en su pueblo?

Schlomo: ¿Cuándo voy a verlas?

Golde: ¿A quiénes?

Schlomo: A la idiota y la hermana. A Edit Volf.

Golde: Mañana. (Bebe). Finalmente le interesa.

Schlomo: No.

Golde: Es muy hermosa; no lo puede negar. (Hace una gárgara con vodka): Cuando tenía aliento a vodka, el padre de mi Moishe no quería besarme. ¡Mala bestia!

Schlomo: Consígame una buena muchacha, Golde. Que sea bonita, claro. Rubia, si es posible. E inteligente... Que sea alegre. Una mujer alegre calienta el corazón y el vientre...

Golde: Una mujer alegre, señor Schlomo... Una flor. Una rosa...

Apagón.

3.

Mismos. Saloncito.

Detrás de un biombo hablan Schlomo y las muchachas, Edit y su hermana Emma.

Emma: ...y entonces padre le dijo que se bajara, pero ella, del miedo, trepaba cada vez más alto, y quedó casi en la copa. De manera que fue madre... mi madre no tiene mucha paciencia para estas cosas. Así que fue con una vara, y la metió entre el follaje hasta que pudo enredar la falda de Edit y la hizo caer: entonces ella se golpeó la cabeza. (a Edit) ¿No fue así Edit?

Pausa.

Emma: Estuvo en cama no sé cuántos meses... (a Edit) ¿Fueron cuatro meses o más bien cerca de un año, Edit?

Pausa.

Emma: No sabe. Creo que fueron cuatro. (a Edit) ¿Qué pasa? Después. (a Schlomo): Padre estaba muy triste, ¡Edit es tan hermosa! Y una cara bonita es la mitad de la dote, dice padre.

Schlomo: Usted es muy bonita, también. Usted es una rosa roja.

Emma: Gracias. (a Edit): No se puede ahora. No.

Edit (grita): ¡Baño!

Emma: ¡Después! (a Schlomo): ¿Sabe cómo está el niño de la señora Golde?

Schlomo: Mal, creo.

Emma: Sufre de los pulmones.

Schlomo: Me lo dijo.

Emma: ¿¿¿El niño???

Schlomo: la señora Golde.

Emma: Los doctores no le encuentran remedio. Ella es muy querida en nuestro pueblo.

Schlomo: Ah, ¿sí?

Emma: Las muchachas la quieren mucho. Ella ya casó a varias que fueron a Argentina. Debe ser un país hermoso. Seguro que Edit hubiera sido feliz en Argentina. (a Edit): ¿No es cierto, Edit? (a Schlomo): No sabe qué quiere decir Argentina. (a Edit): Es un país. Como Rusia o como Polonia. (A Schlomo): ¿Es linda la Argentina?

Schlomo: Sí.

Emma: ¿Qué comen?

Schlomo: Carne de vaca.

Emma: ¿Vaca? Me dijeron que el plato principal era guiso de papa. Y poroto.

Schlomo: No es cierto. Carne de vaca y de cerdo.

Emma: Pero usted no come cerdo, ¿no?

Schlomo: Sí.

Emma: ¿Sí?

Schlomo: No. No me gusta el cerdo.

Emma: Nosotros no comemos cerdo, tampoco: padre jamás nos lo permitiría. ¿Y qué hace usted en la Argentina?

Pausa.

Emma: ¿A qué se dedica?

Schlomo: Soy peletero.

Emma: ¡Peletero, qué maravilla! ¿Oíste, Edit? ¡Es peletero! ¡Como el esposo de Berta y el de Martita! ¿Las conoce usted? Berta y Martita se fueron a la Argentina, una hace un año y la otra el año anterior... ¡Y los maridos eran peleteros también! Se nota que se pasa frío en la Argentina; con todo el mercado de piel que hay. (a Edit): ¿Qué pieles eran las que vendían ellos? (A Schlomo): No sabe. Nunca se acuerda de nada.

Se desarrolla una leve pelea, en la que Edit tira del pelo a Emma y Emma responde también con tirones de pelo y pellizcos.

Emma: ¡Estúpida!

Schlomo: No grite, acuérdesse del niño de...

Emma (reponiéndose): Sí, sí. Es que es una idiota. No la soporto. Acá es muy caro hacerse un tapado con piel. En Rusia se usa el oso, pero nosotras no podemos comprarlo. Castor, nada más. Madre dice que si tuviéramos abrigo de piel no sufriríamos tanto el invierno... Teníamos dos hermanitos antes, que ayudaban un poco a papá: Leopold y Micael. Eran unos chicos deliciosos. (a Edit): ¿No es así Edit?

Edit asiente.

Emma: Pero no resistieron el invierno y la mala comida... como el hijo de la señora Golde. (Pausa). El invierno mata demasiada gente acá.

Edit se dobla sobre sí misma y lloriquea como un chico de dos años.

Emma: Padre se marchaba al pueblo con mis hermanitos, a la fonda. Los dos eran muy niños en ese tiempo. Hacía cosas de borracho, hacía apostar quién se emborrachaba antes: si Leopold o el pavo de pañe Mayer. A Leopold le daban vodka con leche y al pavo aguardiente y miguitas de pan; estas cosas les daban risa a los paisanos. Leopold siempre se emborrachaba, entonces se ponía a darse la cabeza contra las paredes. Al pavo después lo mataban con un cuchillito. Y se lo comían. (Pausa). Por eso padre no lo quería a Leopold y sí lo quería a Micael, porque Micael nunca caía borracho y le hacía ganar las apuestas. Después se murieron, uno detrás de otro. Leopold a los nueve y Micael a los diez. Madre casi se muere de pena, y yo también.

Larga pausa.

Emma: ¡No empieces! (a Schlomo): La odio. (a Edit): Calláte. (a Schlomo): Es que se acuerda de nuestros hermanitos. El frío tuvo la culpa, se lo juro. Este año ya mató a siete personas en nuestro pueblo, y eso que es un pueblo pequeño... ¡y no para de nevar! Hace tres días que nieva sin parar, y yo y mis hermanas tenemos nuestras botitas rotas...

Schlomo (zalamero): Si usted me permite yo podría ayudarlas a remendar las botitas...

Emma (sin prestar demasiada atención): ¿Hace mucho frío en la Argentina?

Schlomo: No. Tenga. (saca dinero de su billetera, se lo tiende a Emma que lo toma con timidez y lo guarda dentro de su corpiño; luego, con esfuerzo; trata de hacer una conversación): Yo vivo en Rosario. Al lado del río. Tengo una... casita. Bonita. Tres veces por semana voy al cinematógrafo. Veo el noticioso y alguna película... ¿Usted fue al cinematógrafo alguna vez?

Emma: No.

Schlomo: Le encantará. Es como soñar, ¿sabe?

Emma: Me dijeron que era bonito.

Schlomo: ¿Quién le dijo?

Emma: Martita. Me escribió y me dijo. Pero dice que no tiene mucho tiempo para ir.

Schlomo: ¿Dónde vive su amiga Martita?

Emma: En Argentina.

Schlomo: Sí. Eso ya me lo había dicho. En qué ciudad vive, le pregunto.

Emma: Disculpe. Me contagié de esta idiota. Melosa, creo que se llama.

Schlomo: ¿Melosa?

Emma: Es cerca de las montañas. Más altas que los Cárpatos, dice ella.

Schlomo: Mendoza.

Emma: No sé. Ella escribió Melosa.

Schlomo: Lo habrá escrito mal.

Emma (aburrida): Ella es muy bruta. Creo que está enferma de la cabeza.

Emma: ¿Se enferma con frecuencia la gente en Argentina?

Schlomo (pensando): No.

Emma: ¿No?

Schlomo: No. Por el clima; allá nunca nieva. Y la gente come bastante bien. Es un país rico.

Emma: Rico ¿cómo?

Schlomo: Hay oro por las calles. Nada más hay que saber levantarlo sin que lo aplasten a uno.

Emma: ¿Y usted? ¿Es enfermizo?

Schlomo: No. ¿Y usted se enfermó alguna vez?

Emma: En dieciocho años no tuve jamás una fiebre.

Schlomo: ¿Cuántos años tiene, Emma?

Emma: ¿Yo?

Schlomo: Sí.

Emma: Dieciocho.

Schlomo: Parece más joven.

Emma: Por la nata. Cuando puedo y padre no me ve, me paso nata por la cara. Dicen que eso es bueno.

Schlomo: Estoy seguro de que la Argentina le gustaría a usted.

Emma: Yo también.

Schlomo: ¿Le gustaría venir?

Emma: No sé.

Edit: ¡¡Baño!!

Emma: Te dije que no. ¡Quedáte quieta! (A Schlomo): Es terrible. Cuando se pone así, madre la ata al abedul.

Schlomo (asombrado): ¿La ata a un árbol?

Emma: En invierno, no. Para que no se enferme. Porque si no uno después gasta el doble de dinero por el daño que hace el frío, llamando al médico. A madre no le gusta que las muchachas solteras vayamos al médico. Ni siquiera envió al médico a Leopold ni a Micael cuando se pusieron enfermos... Es demasiado caro, ¿entiende? (Pausa) Pero en verano sí la ata. Dice madre que el sol la calma. Mira el sol y se calma. ¡Basta! (a Schlomo): ¡Pero ésta es más furiosa! ¡Tiene una fuerza! ¡Una vez hasta arrancó al abedul de cuajo cuando estaba atada! Padre dice que debería mandarla a los bosques, para que alivie a los hacheros... (a Edit que le tironea el pelo y la pellizca furiosa): ¡Basta! ¡Basta!

Emma se para y le pega. Edit se defiende. Pelean. Schlomo trata de separarlas.

Schlomo: ¡Señoritas! ¡Señoritas, por favor! ¡Emma, Emma! ¡Déjela!

Se sientan.

Emma: Lo lamento. Es que es una imbécil. Usted se hubiera vuelto loco si se la llevaba a la Argentina. Hace bien en dejarla acá: ella no es para usted.

Schlomo: No. Yo vi a su hermana en un retrato... que la señora Golde mandó a mi tío Noé...

Emma: ¿El señor Trauman?

Schlomo: Sí. Y yo quiero casarme, ¿sabe? Para formar una familia.

Emma asiente.

Emma: Edit sale muy bien en las fotografías.

Schlomo: Pero yo no la había visto a usted. Si no la habría elegido a usted. (Larga pausa). ¿Usted no... digo, no me aceptaría... no aceptaría venir a... a casarse conmigo... en Argentina?

Emma (turbada): No lo sé.

Schlomo: ¿Por qué? En Argentina la alimentaré a golosinas. Vivirá feliz como un pájaro.

Emma se inclina y dice unas palabras inaudibles al oído de su hermana. Luego ríen pícaramente.

Schlomo: Nunca tendrá una sola preocupación conmigo, Emma.

Emma: Como un pájaro (a Edit): ¡Celosa! (Ríe; a Schlomo): deberá hablar con mi padre.

Schlomo (contento): ¿Usted acepta?

Emma asiente.

Emma: Pero mi padre... mi padre... ¿sabe? El se hacía a la idea de que usted se iría con Edit y... y ahora...

Schlomo: Eso no va a ser problema, Emma.

Schlomo, feliz, se levanta de su asiento, va hacia a Emma, la levanta de los codos:

Schlomo: Permítame que la bese.

Schlomo se acerca a besarla. Ella reacciona tímidamente. En ese momento, Emma empieza a alzar los pies: hay un charco de orina debajo de sus pies; ha sido Edit. Se ha orinado, mojó el sillón, el piso, ella misma.

Emma (a Edit): ¡Qué hiciste! ¿No te podías aguantar? (zamarrea a su hermana): ¡Asquerosa, asquerosa!! ¡Qué olor! Vergüenza me das.

Comienza a pegarle a su hermana; Edit llora. Apagón.

4.

Saloncito en penumbras. Schlomo y Golde.

Schlomo: Arregle con el padre.

Golde: Pañe Mendel desconfía. No le alcanza el dinero de usted. (al hijito):
Moishe, ¿cómo estás?

Schlomo: El señor Trauman pagó tres mil pesos por una mujer.

Golde: Pagó tres mil pesos *por* Edit Volf no por Emma, señor Schlomo. (al hijito):
¡Moishe!

Schlomo: Edit es mucho más hermosa, usted lo sabe.

Golde: ¿Yo? Sí, claro que yo lo sé.

Schlomo: Edit es muy bella.

Golde: Fui yo la que la propuse a usted, no se olvide. ¡Moishe, por Dios! ¿Qué
estás haciendo?

Schlomo: Emma tiene la nariz torcida.

Golde: ¿Torcida? No lo había notado.

Schlomo: Y es chueca. Se levantó la falda...

Golde (interrumpiendo): ¿Se levantó la falda?

Schlomo: Para enseñarme una cicatriz en la rodilla... y... ¡tiene las piernas muy
flacas!

Golde: ¿Qué quiere usted? En este pueblo casi no se come.

Schlomo: ¡No tiene carne en las piernas! ¡Y la frente! ¡Tan alta! Vista desde
lejos, parece una mujer calva.

Golde: Véala de cerca, entonces.

Schlomo: ¿Y las pecas? Usted sabe que las pecas en una mujer no gustan.

Golde: Oblíguela a que se lave con agua de rosas... o con limón, cada mañana.

Schlomo: ¿Qué? ¿Qué tiene que ver el agua de rosas? Hablo de belleza, de hermosura. ¿Cómo podría valer más Emma que su hermana, señora Golde?

Golde: Llévase a Edit Volf.

Schlomo: A mí me gustó Emma.

Golde: Emma vale más. Espéreme un momento, que mi Moishe no contesta, quiero ver qué pasa.

Golde sale, va detrás del biombo adonde se supone que está Moishe:

Golde: ¿Qué? ¿Cuál caballito, hijo mío? ¿Cuál tordillo? ¡En la feria! Claro que sí, amor mío, claro. Este mismo domingo, claro que sí.

Golde regresa apesadumbrada.

Golde: Delira. (Llanto de Golde). ¿Cree que morirá?

Schlomo (turbado): No...

Golde (al cielo): ¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío?

Largo silencio.

Schlomo: Señora... yo... yo quiero a Emma.

Golde (repuesta): Emma ayuda a la familia batiendo la manteca. ¿Qué quiere señor Schlomo? Todo el pueblo está así, muerto de hambre. ¿Quién hará la manteca en casa de pañe Mendel, entonces, si usted se lleva a la muchacha?

Schlomo: Algún chico, quizá...

Golde: No, no. No hay chicos en octubre. Ya están todos empleados. Habría que traer uno de Gërtha. Eso es muy costoso. Va a tener que pagar más por Emma. Le dará su buena ganancia, al final, ya verá. Además, ha visto: sabe dar conversación entretenida. Eso significa para su negocio muchos rublos más... Le entretendrá a los clientes...

Schlomo: No la quiero para atender a los clientes.

Golde (sorprendida): ¿No?

Schlomo: La quiero para mí.

Golde: ¿Sí? ¿Para usted?

Schlomo: Quiero casarme con ella.

Golde: ¿Usted?

Schlomo: Sí.

Golde: Qué extraño. ¿Se ha enamorado?

Schlomo: Sí.

Golde: ¿Así, de repente? ¿Cómo fue? ¿Había decidido enamorarse antes de partir de Buenos Aires?

Schlomo: En cuanto deje de nevar, me llevo a Emma en el primer tren.

Golde: Aquí nevará un mes seguido por lo menos; quizá dos. Octubre siempre es así. Olvídense de la prisa.

Schlomo: Contrataré un coche.

Golde: Un momento.

Golde sale; va detrás del biombo. Vuelve apesadumbrada.

Golde (seria): debería haber venido aquí antes. En julio o agosto. Ahora no parará de nevar. Ningún cochero querrá atravesar la nieve con usted encima. Son muchos los que murieron congelados por hacerse los valientes en pleno octubre. ¿Por qué vino tan tarde, señor Schlomo? ¿Qué lo entretuvo en Varsovia? ¿Los naipes o los dados?

Schlomo: Mi madre. Mi madre estaba agonizando en Varsovia. Murió cuando yo llegué; me esperaba. Con ansiedad.

Golde: ¿Su madre?

Schlomo: Si no fuera por ella, el señor Trauman hubiera enviado a otro en vez de a mí. A Zelig Rubinstein. Pero quise ver a mi madre antes de que muriera.

Golde: ¿Su madre era hermana del señor Trauman?

Schlomo: Sí.

Golde: Me había dicho que él no era tío suyo.

Schlomo: Es que para mi madre él está muerto... (pausa) Para mi madre todos los que van a la Argentina están muertos.

Golde se levanta, se pasea.

Golde: Mire, yo no sé ni me interesa lo que a usted le pasa por su cabeza, señor Schlomo. Ni si quiere a Emma para el burdel o para madre de sus hijos. Para el apuro que tiene debería haber venido antes al pueblo. A mí el señor Trauman me envía el dinero durante el año para que yo concierte con la muchacha y el padre. Escribió que usted vendría a nuestro pueblo para el mes de agosto. Tengo un trato con el señor Trauman. Yo le concerté con Edit Volf, la perla de las muchachas; a usted no le gustó: despreciar a una muchacha porque no tiene las luces que usted desea, es una falta de fantasía, señor. Ahora quiere a la hermana. Emma Volf bate la manteca para su familia; ellos viven de la manteca y el queso que venden en el mercado. Sin Emma deberían contratar a un aprendiz, ¿se da cuenta? ¿De dónde van a sacar un muchacho en pleno octubre? La hermana vale más, señor Schlomo.

Schlomo: El señor Trauman no va a pagar un solo centavo más por ella.

Golde (airada): ¿Centavo?

Schlomo: Copec.

Golde: Ah. Emma Volf vale más que su hermana. Si no paga el señor Trauman, pagará usted. Si no, ella no saldrá del pueblo.

Schlomo: Ella quiere irse.

Golde: Todas quieren irse. ¿O se creen que disfrutan del hambre acá? Pero ya ha visto usted qué mal le huele a la policía todo esto de los casamientos por poder...

Schlomo: Yo pienso casarme con ella, acá o en... En el mismo coche que nos lleva a Varsovia; vendrá usted y llevaremos a su hijo para que lo revise el mejor médico de la ciudad. Para que lo cure. Sin importar los gastos.

Golde: No.

Larga pausa.

Schlomo: ¿Cuánto más por Emma?

Golde: El doble.

Schlomo: ¡Usted está loca!

Golde: El doble. Y unos ciento cincuenta rublos para el médico de Moishe.

Pausa. Schlomo se pasea por el saloncito, toma una tijera de un costurero, y amenaza a Golde a la distancia.

Schlomo: ¿Y si la mato?

Golde: ¿A mí? La policía está avisada. Odian especialmente a la gente como usted...

Schlomo deja las tijeras.

Schlomo: Mil quinientos más.

Golde: Dos mil quinientos.

Schlomo: Mil ochocientos.

Golde: Dos mil. Y los gastos del niño.

Schlomo: Dos mil.

Golde: Está bien. (Se pasea). ¿Cuándo me lo dará?

Schlomo: Tardará una semana en llegar de Londres.

Golde: Una semana. Está bien... Ahora, dígame, ¿se enamoró de veras de Emma?

Silencio. Schlomo no responde.

Golde: ¿Le da vergüenza confiármelo? ¿Cree usted que Emma Volf se enamorará de usted? (Pausa) Está bien. Guárdese para usted. (Larga pausa). Dígame, señor Schlomo, ¿qué cree que pasará cuando ella sepa que usted la había elegido primeramente para un burdel?

Schlomo (incómodo): Ella no lo sabrá.

Golde: ¿Y cómo hará para ocultarle su actividad?

Schlomo: Le dije que soy peletero.

Golde: Todos dicen lo mismo. Les debe parecer muy elegante llamar "pellejo" a una mujer. ¿Quién es el falto de originalidad allí? ¿El señor Trauman o el señor Migdal?

Schlomo: Compraré pieles cuando llegue a Varsovia. Armiños, visones. Ella no podrá desconfiar.

Golde: Oh, oh.

Schlomo: No vivo en la zona de los burdeles; vivo más allá, en las afueras. Tengo una casita pintada a la cal, con un jardincito... Una vieja vive conmigo, una criolla, me cocina, limpia la casa, riega las plantas... Hay una huerta en los fondos, con calabaza, cebolla y repollo... hay un gallinero en desuso, cuando Emma venga podremos tener gallinas y pollos...

Golde: ¡Un hacendado!

Schlomo: ¿Cómo dice?

Golde: Nada, nada. ¿Vio cómo nieva?

Schlomo (desconcertado): Sí... siempre igual.

Golde: No, no. Vaya y observe.

Schlomo se acerca a una ventana; contempla la nieve.

Golde: Mire cómo cae la nieve.

Schlomo: No le veo nada de particular a cómo cae la nieve.

Golde: Exactamente. Siempre cae. Es lo que le quiero decir. (Pausa) ¿Cuánto tiempo cree que se lo podrá ocultar a Emma Volf? ¿Meses, un año?

Schlomo: No me importa.

Golde: ¿Y ahora qué hará en Argentina con el señor Trauman? ¿Le dirá: "Verá, tío Noé, iba a buscar una piel para usted, y me traje una esposa"? ¿Cree que lo tomará a bien?

Schlomo: Le devolveré el dinero.

Golde: ¡De manera que el señor Schlomo es un caballero de fortuna!

Schlomo: Cállese.

Golde: ¿Cuántas veces ha hecho este viaje ya? ¿Cinco? ¿Seis veces? Usted es un caballero de edad; debe venir haciendo esto desde los veinticinco años. ¿Cuántas muchachas llevó a Argentina? ¿Doce? ¿Diez?

Schlomo (sombrío): Cinco.

Golde: Cinco. ¿Cinco esposas? ¿Y dónde están ellas?

Schlomo: No sé.

Golde: ¿Se retiraron del oficio?

Schlomo: Bronia Kaufman, sí: ya estaba muy vieja.

Golde: ¿Y las demás?

Schlomo: ¿Las otras?

Golde: Sí.

Schlomo: No sé, señora. Yo las llevo, nada más.

Golde: Soy capaz de no revelar nada a nuestra Emma si usted me dice adónde está Rut Rosenbaum. ¿Se la llevó usted, verdad? Era de Ucrania, como usted. De Kámenets-Podolsk.

Schlomo (haciendo memoria): ¿Rut...?

Golde: En su pueblo, la madre, pregunta por ella.

Schlomo (rememorando): ¿La madre de Rut...?

Golde: Es mi hermana. La madre es mi hermana. Usted fue a buscar una "piel", pero se prendió de la hija de mi hermana. Rut Rosenbaum. Le dijo a mi hermana que usted se había enamorado de ella, de la pequeña Rut. Mi hermana le entregó su hija muy confiada, al mismo precio que la "piel" que usted iba a buscar. Mi hermana fue una estúpida. Aun hoy no se lo perdona. Se atormenta. Está en los huesos por la culpa. (Pausa). Su hija tenía una cabellera muy larga, rubia, cuando se desataba las trenzas, el cabello le llegaba hasta las corvas... cuando era niña no había nada que le gustara tanto como treparse a los árboles... Los ojos eran grises, creo... grises. Era alegre... Cantaba. Sabía canciones en ídish y algunas partes del repertorio del teatro. Las había aprendido de un rabino que visitó Ucrania a la vuelta de Inglaterra... Eso decían. Que el rabino se las enseñó por amor... Era un hombre muy anciano y muy alegre... Canciones en ídish. ¿Conoce alguna?

Larga pausa.

Schlomo (recuerda): Rut Rosenbaum. Está muerta. Se envenenó.

Larga pausa.

Schlomo (viendo el gesto desesperado de Golde): No, no. Mucho después de arribar a la Argentina. Estaba con Zwi... Zusman. Trabajaba para él. En Junín. Después él la dejó... creo que fue entonces cuando ella...

Golde: La maltrataba.

Golde sale. Va a ver a su hijo. Vuelve, se seca las lágrimas con un pañuelo. Se derrumba en un sillón y llora.

Apagón.

5.

Saloncito.

Golde, Emma y Edit Volf (luego Ada). Esta última aparece diferente; al principio da la impresión de estar más calmada; de a poco se produce la revelación al espectador sobre la persona de Edit.

Golde: ¿De manera que ya está todo preparado?

Emma: Sí.

Golde: ¿Los pasaportes, las valijas?

Emma: ¡Llevo tan poco en la valija, doña Golde...!

Golde: Ya tendrás más.

Emma: Iremos en tren a París, y allí nos detendremos tres días. Para conocer y estirar las piernas. Dice Schlomo que si todo está tranquilo abordaremos el barco en Marsella.

Golde: ¿Qué quiere decir que una ciudad como Marsella esté tranquila? Emma: Que no haya nubes de tormenta, me dijo.

Golde y Edit: Oh.

Emma: Entonces iremos a Inglaterra. Saldremos de Liverpool.

Golde y Edit (aplaudiendo): ¡Liverpool!

Golde: ¡Manda una postal, Emma!

Pausa.

Emma: ¿Sabe lo de Alma?

Golde: No. ¿Qué?

Emma: Encontró colocación como sirvienta en lo del Príncipe Krapotkin. La contrató Frau Herta. La alemana.

Golde: ¡Gracias a Dios! (a Edit): ¿Ves? Deberías buscarte algo así.

Edit: Yo no sé...

Golde: Esto no va a durar para siempre.

Edit: Sí... pero...

Golde (tranquilizadora): Tenemos ahorros por ahora. (a Emma): ¿Tu padre está conforme?

Emma asiente.

Golde: ¿Quién se hará cargo de la manteca?

Emma: Flora, la menor.

Golde: ¿Cuántos es que tiene...?

Emma: Once.

Golde: ¿Y ya puede batir manteca?

Emma: Tiene mucha fuerza en los brazos. Solamente tiene miedo de los duendes. Dice que son los que cortan la leche y la manteca. Flora dice que quiere ir a la Argentina cuando sea más grande.

Golde: Ya veremos.

Edit: Tan chiquita...

Emma: Schlomo dice que en la Argentina a un niño se le dice pibe o pebete. Y a una muchacha, papusa, mina. Si es una muchacha humilde se la llama percanta. A las francesas, franchutas. Franchutas, qué palabra.

Edit y Golde ríen.

Golde: ¿Hablan así los argentinos? ¿Es la lengua?

Emma: Algo así. Una especie de ídisch de ellos.

Edit: ¡Ídisch!

Emma (entusiasta): Cuando un hombre no tiene dinero, se dice que anda misho. Pobreza es mishiadura. El que es rico se llama bacán. El que es tonto, otario. El que es muy tonto, gil. Al policía se le dice botón. No sé por qué. Anillo se llama zarzo. Al hogar le dicen bulín, o cotorro, si viven solamente dos enamorados. A los árabes llaman turcos; a los judíos, rusos. Parece que los argentinos no entienden mucho de geografía. Donde yo voy a ir se llama Rosario. Ya no hay indios en ese lugar: es una ciudad. El tiene una casita...

Golde: ...pintada a la cal.

Emma: ¿Le contó?

Golde: Sí.

Emma: Con una criada. Ama de llaves, dijo. Se llama Calista. Cocina empanadas. La empanada es como un pastel. Dice Schlomo que es muy sabrosa. Apenas aprenda a cocinarla, mandaré la receta. Seguro que a tu Moishe le gustará.

Edit: Gracias.

Emma: Los mosquitos son peste, dice. Pero a la noche es lindo cuando hay luciérnagas. Hay muchos pájaros. Dice que los ingleses, que son muy viajeros, dicen que en ningún lugar como en América hay tantos pájaros y de colores tan vivos... Dice que tuvo una amiga que tenía en su casa una lechucita de mascota... Dijo "una amiga suya"; pero yo creo que se refería a su esposa anterior. Dice que ahora no tiene esposa.

Golde: Dice que te ama.

Emma: Sí, dice que me ama. Que se enamoró de mí en cuanto me vio. (¡Me pidió que lo trate de tú, y no de usted, cuando estemos casados!). Nos casará un rabino en Buenos Aires. ¿Le dijo también a usted eso, doña Golde?

Golde: Sí.

Emma: ¿Usted lo cree?

Golde: No sé. Los hombres cambian de esposa seguido; a lo mejor sea cierto que quiere casarse porque te quiere.

Emma: ¿Qué piensan ustedes? ¿Debo creerle o no?

Edit: Sí.

Golde: No.

Edit: ¿Por qué no?

Golde: Hizo lo mismo a Rut Rosenbaum. ¿Recuerdan a Rut? ¿La que era de Ucrania? ¿Qué vino para el Pésaj hace cinco años? No, no: eras demasiado niña Emma, claro. (A Edit): ¡Tu prima Rudi, hija, cómo no vas a acordarte!

Edit: Sí, sí. Ya sé. Conozco la historia. El le dijo que la quería y se la llevó. No sabemos que llegaron a casarse... Rut no soportó esa clase de vida... Schlomo le confesó a mamá que Rut se suicidó...

Golde (triste): Con veneno.

Emma (mortificada): ¡No!

Golde: No tiene por qué pasarte, Emma. Tendrás que pensar que la realidad es la medida de la decencia.

Larga pausa pensativa.

Emma: (con pesadumbre): ¿Entonces qué? ¿Debo creerle a Schlomo o no debo creerle?

Golde: No creyéndole no se pierde nada. ¿De qué vas a tener miedo? Dios está de tu lado. ¿Abandonó Dios a alguno de los suyos? (Pausa) ¿No nos quitó las cadenas cuando éramos esclavos en Egipto? (Pausa; Emma comienza a llorar muy despacio): Dios va quitarte tus cadenas, también, llegado el caso.

Edit (consoladora): Vamos, vamos, Emma.

Emma trata de sonreír y componerse.

Golde: Valor.

Edit: Así está mejor.

Golde: ¿Repasamos lo que vas a hacer?

Emma: Sí.

Golde: Lo más probable será que desembarquen en el puerto de Buenos Aires. Si desembarcan en Montevideo, no te desalientes, ya veremos cómo ayudarte. ¿Qué vas a hacer entonces, cuando llegues al puerto de Buenos Aires?

Emma (recitando): Voy a buscar a alguien de la Asociación Judía para la Protección de Mujeres y Niños.

Golde: Ellos están en el puerto, interrogan a cada pasajera judía. Te van a parar para preguntarte.

Emma: Estarán vestidos de negro. Los hombres llevan kipá.

Golde: Las mujeres sombrero gris, algunas llevan velo. Se te acercarán...

Emma: ...y me van a preguntar a qué voy a la Argentina. Yo les diré que a casarme... Me preguntarán con quién y cuánto hace que lo conozco. Yo voy a decirles la verdad. Que no estoy segura de nada.

Golde: Muy bien.

Emma: Ellos me sacarán.

Golde: Sí.

Emma: Me llevarán a un asilo. Luego me devolverán a Polonia.

Golde: Sí. (A Edit): ¿Te fijaste que Moishe estuviera bien?

Edit: Sí. Duerme.

Emma: ¿Está mejor, verdad?

Edit y Golde asienten, felices. Edit va detrás del biombo, trae un bebé en brazos. Se sienta junto a ellas, se descubre el pecho y le da de mamar.

Emma: Es un bebé precioso.

Golde (lisonjera, haciéndole cosquillas): ¿No es igual a su abuelita?

Edit (rigurosa): No lo fastidie, mamá. Después no hace bien la digestión.

Golde (seria otra vez): Pero, veamos esto otro. ¿Qué vas a hacer si no ves a nadie de la Asociación?

Emma: Nada.

Larga pausa.

Golde: Deberás tener paciencia, Emma. Mucha paciencia. Quizá el señor Schlomo te quiera, después de todo. ¿Por qué no? Tal vez no nos esté mintiendo. Si no...

Emma: Escribiré a Bronia Kaufman.

Golde: ¿Las señas?

Emma: Las llevo bordadas en una enagua. Cifradas.

Golde: Envía noticias tuyas a Bronia. Y a nosotras. Haremos todo para rescatarte. Berta se retiró hace unos meses. Le escribí avisándole que ibas. Nunca te confíes en una madama, un ama de llaves... Si todo sale mal... (desolada) si todo sale mal, estaremos a tu lado con el corazón. No durará más de tres años, después van a dejarte ir. No durará siempre. Saliste de la miseria, vas a ayudar a los tuyos. ¿No es lo que importa?

Emma: Voy a escribir cada tres meses a mi padre... enviarles algún dinero.

Golde asiente.

Se ponen las tres de pie.

Golde: Si sabemos que al cabo de un año no lograste irte, la próxima que vaya, llevará dinero para comprar tu libertad.

Emma: ¿Quién será la próxima?

Golde (mirando a Edit): Creo que Rifka Kofman, la hija del herrero.

Emma: Rifka.

Golde (la abraza): Adiós, querida.

Emma: Adiós, Ada.

Edit: Adiós, Emma.

Emma (llorando): Adiós.

Edit: Nos volveremos a ver pronto.

Emma asiente y se marcha.

Golde (a Edit): Dámelo un ratito.

Edit le pasa al bebé.

Golde: Hola, chiquitín.

Edit: ¿Cómo hará, mamá, esta vez?

Golde: Lo tengo todo pensado, Ada. Al parecer el señor Trauman me enviará a un rumano, esta vez. Un tal Jakobson. No sabe nada de nosotros. Le dije que eras una belleza, que te llamabas Rejzla Kofman. Vio un retrato tuyo... Aquel con el sombrerito con velo de moscas...

Edit: ¡Oh!

Golde: ¡Estabas tan bonita ahí! Dios te ha dado el don de la belleza, hija. Tendrías que estar feliz de usarlo con estas desgraciadas...

Edit: Si yo no me quejo, mamá.

Golde: Este tal Jakobson vendrá el próximo junio. (Alzando al bebé): Ohhh, ¡Moishe será un elefantito para ese entonces! ¡Un elefantito! ¿No es cierto, Moishe? ¿No es cierto? Vas a hacer de muda.

Edit: ¿Muda, mamá? ¿Muda?

Golde: Muda, Ada. No te pongas terca. No será tan difícil: esta vez casi no dijiste palabra.

Edit: No... pero...

Golde: El señor Jakobson no querrá una muda para llevarse a la Argentina. Ya me lo dijo el Schlomo éste: a los habitués les gusta que las mujeres les den conversación. Le diremos que estás muda de nacimiento, y tienes una hermana única, que su padre es capaz de entregar a cambio tuyo por unos cuantos rublos más: Rifka. Como hicimos con Emma, y con Sarita y las demás.

Edit: Pero Rifka, mamá...

Golde: Sí, no es bonita para nada... Si no hacemos esto se va a quedar a morirse de hambre en el pueblo...

Edit: ¿Y no le da miedo, mamá, que el señor Jakobson prefiera a alguna otra del pueblo? A Anastasia, la rusita, o a...

Golde (autoritaria): El señor Trauman confía en mi juicio... ¿Quién va ir a ofrecerle a la rusita?

Edit (cansada): Nadie, mamá, era un decir.

Golde (continuando): El herrero está de acuerdo. En el tiempo que hagas de hermana de Rifka vas a vivir con ellos, y yo me quedaré con mi precioso (hace mohínes al bebé) Móishele.

Edit: ¿Qué hace Sarita, ahora?

Golde: ¿Cómo?

Edit: ¿Qué hace Sarita desde que volvió de Argentina? ¿Dónde está?

Golde: ¿Sarita? Ah, ah: Sarita Bronstein. Está en Varsovia. Pronto se mudará a Berlín.

Edit: Sarita siempre tuvo los pies inquietos...

Golde: Sí...

Edit: Ay, mamá. ¡No lo zarandee así a Moishe!

Golde: Sst. Cállese.

Pausa.

Edit: Hay algo que no me gusta, mamá.

Golde: ¿Qué?

Edit: Tuve problemas esta vez.

Golde: ¿Ah, sí? ¿Con qué?

Edit: Con...

Golde: ¿Con el señor Schlomo? ¿Quiso propasarse? ¿Sí? ¿Fue cuando fue a verte a la cuesta? ¡Cerdo! (Pausa). ¿Qué? ¡Ada! ¿No vas a decirme?

Edit: No, mamá. No fue el señor Schlomo.

Golde: ¿No? ¿Y quién?

Edit: El padre de Emma.

Golde: ¡Pañe Volf! ¿Y te tocó?

Edit: Sí, mamá.

Golde: ¿Y qué más?

Edit: Nada más.

Golde: ¿Cómo que nada más?

Edit: Lo detuve. Le dije que él solo podía engendrar hijas mujeres, y que si me tocaba me haría una hija mujer, que ya sabe él luego qué difícil de ubicar son las hijas mujeres, a las que hay que entregar como corderos al matarife...

Golde (incrédula): ¿Y eso lo detuvo?

Edit: Estaba borracho de vodka. Se tiró a mis pies, se desgarró la ropa y se puso a llorar. ¡Soy un desgraciado!, gritaba (cambiando el tono): Basta de menearlo así, mamá. Deme a Moishe. (La madre se lo pasa).

Edit juega con el bebé, lo levanta en el aire y lo mece.

Edit: Está precioso, ¿cierto?

Golde contempla al bebé, lo acaricia, y larga y despaciosamente dice:

Golde: Pobre desgraciado.

Telón.

Patricia Suárez. Correo electrónico: soyleyenda@yahoo.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Junio 2004

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar